

Resuelto de esta manera, despues de dos horas de discusion, que la plaza continuase defendiéndose, y rechazada la proposicion de salir de ella hecha por Marquez al emperador que habia estado á punto de verificarse, el jefe del Estado Mayor se dirigió á las habitaciones del soberano para informarle que el Consejo de Guerra habia ya deliberado y llegado á un convenio con respecto á las cuestiones á él sometidas. Maximiliano se dirigió entonces al sitio en que se habia verificado la junta, y habiendo leído el secretario el dictámen de ella, el emperador declaró que aceptaba con satisfaccion lo que se habia decidido. «Acepto, con grato placer,» dijo, «lo que habeis resuelto; mis deseos y mis esperanzas estaban con vuestra opinion; mas en la duda de si no tendriais por conveniente una retirada, y considerando la promesa que os hice de aceptar resueltamente vuestra decision, he pasado dos horas de verdadera agonía. Ahora no sólo me conformo con la excelente idea de continuar la defensa de la plaza, sinó tambien con los puntos secundarios que se refieren á las diversas opiniones.»

Despues de una corta discusion, quedó resuelto: «1.º Despejar el flanco izquierdo del Cerro de las Campanas.

1867. 2.º Poner en movimiento sobre la retaguardia
Marzo. de los sitiadores todas las guerrillas. 3.º Llegar á una determinacion tocante á la cuestion de si se debian traer refuerzos de Méjico. 4.º Arreglar un medio sencillo propuesto por el jefe del Estado Mayor para contar oportunamente con el diario, en dinero, de toda la fuerza armada.»

En seguida declaró el emperador que habia terminado

la junta, y previno al secretario de ella que formulara el acta, y recogiese las firmas de los generales que formaban el consejo. Así se verificó, y el acta contiene las firmas de la manera siguiente:

«Maximiliano, general en jefe del ejército.

«El general comandante de la infantería,—*Miguel Miramon*.

«El general secretario interino de Guerra y Hacienda, (ausente).

«El general comandante de la caballería,—*Tomás Mejía*.

«El general comandante de la segunda division de infantería,—*Severo Castillo*.

«El general comandante de la brigada de reserva,—*Ramon Mendez*.

«El comandante en jefe de la artillería y secretario del Consejo,—*Manuel Ramirez Arellano*.

No se hallan en esta acta las firmas del general don Santiago Vidaurri y de don Leonardo Marquez, porque cuando se procedió á recoger la de todos, ambos habian salido de Querétaro para desempeñar una importante comision que, como veremos, les confió el emperador (1).

El plan, pues, del general D. Leonardo Marquez de salir de Querétaro para llamar á otro terreno á las fuerzas

(1) El acta, que he presentado íntegra, y en la cual se dá á conocer lo que cada miembro de la junta dijo en ella, la trae el príncipe de Salm Salm en sus *Memoorias sobre Querétaro y Maximiliano*, asegurando que el documento original lo tiene en su poder. Yo, pues, lo he tomado de su obra escrita en inglés.

sitiadoras y dar una batalla campal decisiva, quedó desechado. El emperador, que lo había acogido con júbilo y había dado, como dejo referido, la orden para salir el 18 de Querétaro, aceptó la permanencia en la ciudad por lo resuelto en la junta. No es por lo mismo cierto, como algunos escritores han asentado, que el general Marquez ejercía una influencia extraordinaria en el ánimo del emperador, pues lo está desmintiendo el haber logrado el

1867. coronel D. Manuel Ramirez Arellano que
Marzo. no se llevase adelante la orden de salida, que halagaba en alto grado al soberano, y que aceptase la opinion de continuar la defensa de la plaza.

Resuelta la permanencia en Querétaro, se continuaron levantando con actividad las obras de defensa que se juzgaron necesarias, y como la ciudad de Querétaro no podía proporcionar los recursos pecuniarios ni de guerra que eran necesarios para el buen estado del ejército, el emperador dispuso enviar á Méjico personas conocidamente adictas á la causa del imperio y de suma actividad, para que los enviase de la capital, así como los refuerzos de gente que pudieran, á fin de alcanzar el triunfo sobre las tropas sitiadoras. Los individuos elegidos por el emperador fueron el general D. Leonardo Marquez que le era ardientemente adicto, y el general D. Santiago Vidaurri, que había desempeñado con acierto el ramo de hacienda. Maximiliano depositó en D. Leonardo Marquez toda su confianza, pues tenía recibidas de él las pruebas más inequívocas de lealtad y adhesion, le nombró lugarteniente del imperio, con carta blanca para que en Méjico, representando la persona del soberano, hiciese cuanto juzgase

conveniente, disolviese el ministerio, nombrase otro nuevo, remitiese á Querétaro, en el más breve tiempo posible, la mayor suma de dinero que le fuese dable adquirir por los medios legales, enviándole igualmente pistones para los fusiles y los demás artículos de guerra que al ejército le eran necesarios; le tuviese al corriente de cuanto en Méjico pasara por medio de correos diarios y por conductos diferentes, á fin de que instruído así del estado de la cosa pública, pudiera dictar las disposiciones convenientes para cada caso, y comunicarle sus órdenes para que Marquez obrase de conformidad con lo que resolviera. Respecto de los refuerzos de gente que el ejército de Querétaro necesitaba recibir, estaba facultado para disponer de las fuerzas que hubiese en la capital de la manera que le pareciese, bien socorriendo aquella plaza con parte de ellas dejando asegurada la ciudad de Méjico, bien con todas, dejando sin guarnicion ésta.

El motivo que el emperador decía que le obligaba á cambiar el ministerio, era que no le enviaba los húsares austriacos que estaban en la capital, ni las cantidades
1867. necesarias en numerario para pagar las tro-
Marzo. pas. Pero si el ministerio no hacía marchar de Méjico al regimiento austriaco, no sólo era porque apenas llegaba á cuatro mil quinientos hombres la guarnicion que tenía, sinó tambien porque hubiera sido destrozado antes de llegar á Querétaro por numerosas fuerzas republicanas que hubieran ido á su encuentro. En cuanto al envío de dinero, la dificultad para conseguir las sumas necesarias era grande por el mal estado que guardaban el comercio y la propiedad. Sin embargo,

Maximiliano creía que nombrando otro ministerio los recursos serían mayores, y decidió hacerlo dando la presidencia al general D. Santiago Vidaurri, en cuya inteligencia y celo confiaba.

Al amanecer del día 21, cuando el emperador se ocupaba en escribir algunas cartas que debía llevar don Leonardo Marquez á Méjico, se escucharon en Querétaro las detonaciones producidas por la artillería del campo sitiador y las entusiastas sonatas de sus bandas de música, así como el toque de los tambores y de las cornetas. Era que el ejército liberal celebraba el natalicio del presidente D. Benito Juárez.

A las salvas hechas en demostracion de regocijo, siguieron continuos disparos hechos por todas las baterías, lanzando sobre las posiciones imperialistas, abundantes proyectiles sólidos y huecos.

El emperador terminó la correspondencia que debía llevar D. Leonardo Marquez á Méjico, en medio del ruido de las granadas que estallaban á cada instante.

La marcha á la capital resolvió que se verificase en la noche del siguiente día 22.

Con este paso el emperador se propuso utilizar los servicios de sus dos más notables generales, encomendando á uno, á D. Miguel Miramon, la defensa de Querétaro, y á don Leonardo Marquez, las disposiciones que, como lugarteniente, juzgase conveniente tomar en Méjico para enviar á la sitiada plaza todos los auxilios que le fueran posibles.

Casi en los mismos momentos en que Maximiliano acabó de escribir sus cartas, tuvieron noticia los defensores

de la plaza de que había llegado para los sitiadores un tren de carros con víveres á la hacienda de San Juanico, distante una legua de Querétaro, punto de los principales de la línea republicana. El general D. Miguel Miramon concibió al instante el pensamiento de tomar la hacienda ^{1867.} y apoderarse de los víveres. Comunicado por ^{Marzo.} él al emperador el plan para conseguir el objeto, se le dijo que lo ejecutara. Miramon dictó inmediatamente las órdenes necesarias para realizar su pensamiento; y á las cinco de la mañana del día 22, se ejecutó el movimiento. Miramon salió de la plaza haciendo marchar al batallon de Guardia Municipal y al de Cazadores, con cuatro piezas de campaña y dos obuses de montaña, por el camino que conduce de Querétaro á la expresada hacienda de San Juanico; al regimiento de la Emperatriz por el flanco derecho, al de Quiroga por el centro y al escuadron de la Guardia Municipal por el izquierdo formando columna, á sus inmediatas órdenes, á lo largo del referido camino, mientras el 5.º de caballería, á quien con una hora de anticipacion le había hecho salir, para que dirigiéndose por el camino de la puerta ó *garita* del Puelito, y por medio de un gran rodeo, se pusiera á la espalda de los republicanos, casi simultáneamente con la columna que atacaría de frente. La fuerza republicana que se hallaba en la hacienda de San Juanico, se retiró despues de un ligero tiroteo, y los imperialistas ocuparon el punto casi sin resistencia. Acto continuo dispuso el general Miramon que se situasen las piezas de artillería en una especie de media luna de piedra que se extiende frente al edificio de la hacienda; parte de la infantería se

situó en el mismo sitio; otra se colocó en el camino, cubriendo la retaguardia, y el resto en reserva. La caballería quedó formada en la llanura, fuera de las zanjas que limitan el camino, vigilando los movimientos de las fuerzas republicanas que se habían retirado hácia el Poniente, fuera de tiro de fusil. Despues de tomadas estas disposi-

1867. ciones, procedieron los imperialistas á reco-
Marzo. ger los víveres, para lo cual llevaron cuatro carros á prevencion.

No correspondió la cantidad de provisiones de boca que encontraron, á las noticias que de su abundancia se le había dado á Miramon, pues la mayor parte de ellas había sido distribuida desde el día anterior entre las tropas sitiadoras que ocupaban diversos puntos. Sin embargo, para los sitiados eran de inapreciable precio, puesto que en la plaza no se habían acopiado víveres, porque no habían tenido intencion los imperialistas de encerrarse en ella.

Durante el tiempo que la fuerza salida de la ciudad se ocupaba en colocar en los carros que había llevado y en dos que dejaron los liberales, los víveres que encontraron, los sitiadores permanecieron quietos, sin acometer á sus contrarios, no haciendo éstos, por su parte, más que cuatro ó cinco disparos de cañon sobre un corto número de ginetes que en su porte indicaban ser el estado mayor de alguno de los principales jefes.

El emperador Maximiliano que presenciaba desde el Cerro de las Campanas la operacion llevada á cabo por el general D. Miguel Miramon sin encontrar obstáculo, llegó á persuadirse de que el proyecto propuesto por don

Leonardo Marquez habría sido realizable, y con frecuencia le decía á éste que se hallaba á su lado en aquellos momentos: «Ahora veo que se puede salir de la plaza... Hace muchas horas que somos dueños del camino... Nadie baja á batir á Miramon.»

Colocados en los carros los víveres cogidos que consistían en sacos de arroz, maíz y habichuela llamada *frijol* en Méjico, y reuniendo un número no despreciable de ganado así mayor como menor que tambien habían dejado los sitiadores, Miramon dispuso la vuelta á la ciudad. Reunidos ya el 5.º regimiento y la caballería del coronel D. Julian Quiroga, el general Miramon antes de emprender la marcha para regresar, hizo desfilas toda la caballería con los carros y la artillería de campaña. El regimiento de la Emperatriz, el batallon de Cazadores y los dos obuses de montaña cerraban la marcha. El general Miramon se quedó el último con el resto de la fuerza.

1867. Advertido el movimiento de los imperia-
Marzo. listas por el cuartel general republicano, envió al general Guadarrama con la caballería para que recobrase el punto en que aún estaban las fuerzas imperiales. El jefe republicano atacó con valor; pero sufriendo los certeros disparos de la artillería que estaba bajo el mando del coronel D. Ignacio de la Peza, tuvo que detenerse, aunque buscando la manera de impedir á sus contrarios la conduccion del botin cogido. Los imperialistas continuaron su retirada hácia la ciudad conduciendo el ganado y los víveres. Las baterías republicanas situadas en el cerro de San Gregorio rompieron un fuego vivo sobre las fuerzas de Miramon, á la vez que el general

Guadarrama con su caballería, así como algunas guerrillas, les seguían de cerca; pero Miramon, haciéndoles frente con la Guardia Municipal y el batallón de Cazadores llegó á rechazarles, y continuó en admirable orden su marcha, llegando á la plaza con los víveres tomados á sus contrarios, sin haber tenido más pérdidas que la de diez hombres heridos. El movimiento sucesivo de flanco hecho por las tropas imperialistas fué, según los inteligentes en el arte de la guerra, de notable mérito, y por él fué muy elogiado el talento militar del general Miramon (1).

En esta salida se distinguieron por su valor, el coronel imperialista D. Julian Quiroga que mandaba la caballería de la Frontera; el joven teniente coronel de la guardia municipal de á pié D. Joaquin Rodriguez, y el príncipe D. Félix de Salm Salm que debió en esa acción la vida, según asienta el subteniente de artillería D. Alberto Hans, «á una maña de su caballo, que levantaba extraordinariamente la cabeza á cada momento: el animal recibió una bala en el cráneo durante uno de sus movimientos (2).»

(2) Hablando de esta salida el escritor republicano D. Juan de Dios Arias, dice que «el general Guadarrama trabó un combate de cuatro horas defendiendo los trenes hasta que obligó á los imperialistas á retroceder, y que salvó los carros;» pero ha sufrido en esto un error. Que los víveres fueron conducidos á Querétaro por los imperialistas, lo asientan en su obra *Ensayo histórico del ejército de Occidente*, los apreciables escritores republicanos D. Juan B. Hija y Haro y don José M. Vigil. En esa obra dicen que Miramon «batiéndose en retirada y buen orden, volvieron á la ciudad llevándose consigo las provisiones de que se habían apoderado en San Juanico.»

(1) En la descripción que el príncipe de Salm Salm hace de este hecho de ar-

1867. Eran poco más de las doce del día cuando
Marzo. las fuerzas imperialistas que habían ejecutado la salida se hallaban de vuelta en Querétaro, después de alcanzado el objeto que el jefe que las mandaba se había propuesto. Pocos momentos después, estando aun el emperador en el Cerro de las Campanas, recibió el parte en que el general D. Miguel Miramon le daba cuenta del hecho de armas referido.

En la noche de ese día, entre las doce y una de ella, salió de Querétaro para Méjico, con el alto carácter de lugar-teniente del soberano, D. Leonardo Marquez. Iba con él, para desempeñar el cargo de ministro de hacienda, el general D. Santiago Vidaurri. La fuerza que llevaban de escolta, eran los dos cuerpos de caballería de la Frontera, al mando del coronel D. Julian Quiroga; cuerpos en quienes Vidaurri tenía extraordinaria confianza, porque siempre habían servido á sus órdenes, y que pidió al emperador para escolta, en vez de otros.

La salida del general D. Leonardo Marquez y de Vidaurri fué ejecutada con la mayor reserva, pues ni aun Miramon estaba informado, según asegura el doctor

mas se encuentran muchas y notorias equivocaciones. Entre ellas, la de presentar al general Mejía combatiendo con el denuedo que le distinguía, siendo así que no se encontró en esa acción, á causa de hallarse enfermo en su casa; la de asentar que tenía á sus órdenes la artillería, cuando esta la mandó en ese día, personalmente, el coronel D. Ignacio de la Peza, y otras de que hacen mención los autores del opúsculo intitulado: *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y Méjico*, refutando las «Memorias sobre Querétaro y Méjico» escritas por el expresado príncipe de Salm Salm.